

«La création particulière de l'univers
n'est à ses yeux qu'un petit coin
du chaos arrangé, et toujours prêt à
retomber dans le désordre»¹

(FRANÇOIS—RENÉ DE CHATEAUBRIAND,
Ceuvres complètes, T. VI, Paris, Imprimerie de A. Everat, 1836, p. 186).

Estudios Sociales transita hacia sus treinta años de publicación ininterrumpida. Una continuidad bastante inusual para un proyecto editorial universitario en los avatares históricos que han acompañado su derrotero, no solo jalónados por crisis de diversa naturaleza, económicas, políticas y hasta ecuménicas, como el actual desafío pandémico, sino además por pérdidas más subjetivas de este colectivo. En esta estela autorreflexiva si se quiere, el presente número propone como contribución central un dossier coordinado por Fernando Devoto en memo-

ria de Eduardo Hourcade, quien fuera miembro fundador y activo militante de *Estudios Sociales*. A pesar del nombre propio, la convocatoria no consiste en una rememoración reverencial sino en una operación de recuperación de algunos de los tópicos, figuras y redes académicas que han dado su tono a nuestra publicación en sus tres décadas de existencia. Sin lugar a dudas, Eduardo tuvo un rol importante en este último sentido junto a los colegas que imaginaron *Estudios Sociales* y a los que aún la seguimos reinventando en un escenario académico

1] «La peculiar creación del universo es a sus ojos solo un pequeño rincón del caos arreglado, y siempre listo para volver a caer en el desorden» (traducción propia).

trasmutado, virtualizado y sometidos a las nuevas reglas bibliométricas.

Como certeramente lo expresa en su introducción Fernando Devoto, Eduardo no se avino a este giro de la Academia, y sostuvo tanto en la cátedra como en la escritura el tono más acorde a la curiosidad y las costumbres del *humaniste*. El abanico de diálogos intelectuales que este dossier propone da cuenta de esto a la par que expresa claramente algunas dinámicas que nos atraviesan como colectivo editorial: la interlocución transdisciplinar, el interés por la agencia activa en la circulación de ideas —no solo como objeto de estudio sino como propósito— y un profundo compromiso crítico.

Eduardo era de igual modo un lector voraz, incansable, que sabía muy bien que los libros nos pueden volver más sabios, pero jamás mejores personas. Quizá ese humanismo crítico fue arrojando luz sobre la relación entre libertad y responsabilidad, como forma de buscar y conquistar el sentido de la vida. Así, ejerció con toda libertad un uso público de su capacidad de pensar, siempre ajeno a la rigidez de las ideologías. Se mostró decididamente atento, por esa responsabilidad de hombre democrático sin concesiones, a la complejidad de la sociedad y al conocimiento histórico de ella.

Vivimos, como dijimos al comienzo, en tiempos convulsos. Todos sabemos que es difícil ser contemporáneos con nuestra

propia época, y entender el significado de un tiempo presente, de un acto que no ha concluido. La tarea es más complicada y laboriosa cuando se trata no solo de comprenderlo sino de dominarlo. Hannah Arendt decía que el significado de un acto se revela cuando la acción en sí ha sido consumada y se convierte en historia susceptible de narración. Tratándose de una actividad sin fin, la comprensión no puede producir jamás resultados definitivos. La memoria común, a la hora de comprender el pasado, tampoco puede proponer corolarios categóricos. En el registro de los usos del pasado, la memoria colectiva solo es posible en el mundo de lo público. Lo público indica un lugar común, un lugar de deliberación y actuación colectiva, con vocación plural. La memoria es el paso obligado de toda reflexión sobre el tiempo. Pero los estudiosos del tema nos advierten sobre los abusos de la memoria, la necesidad de su buen uso y una escucha expectante ya que ella no siempre habla con una sola voz. «Memoria justa», escribe Paul Ricoeur, en el sentido de mantener una distancia ecuánime con el pasado. Este debate tan controvertido sobre memoria e historia nos acerca a una de las líneas de exploración y preocupación de Hourcade. Palabra y acontecimiento. Las palabras interpretan los hechos, los juzgan, ordenan el desorden. Y en ese ejercicio, las ciencias sociales y humanas no representan un saber impersonal, porque

hay —de nuevo con Ricoeur— una «subjetividad implicada», una identidad parcial entre sujeto y objeto de estudio. De esta manera, el enorme desafío del trabajo intelectual es poder respetar la integridad de los hechos, más allá de las interpretaciones, relatos y debates.

Por todo lo dicho, el dossier que presenta *Estudios Sociales* en este número se propone como la expresión libre de un pensamiento sin fronteras, sin bordes, un recorrido intelectual entre autores y tópicos que se comunican con un centro de interés: Argentina y Francia, y viceversa. Un agradecimiento profundo a Fernando

Devoto por la iniciativa, coordinación y calidad de la factura de esta compilación en homenaje a Eduardo Hourcade.

De todos modos sabemos que como buen exégeta, Eduardo desplegaría una mirada crítica a este intento de *saisir sa pensée*. Sin embargo, valga recuperar al menos su actitud escéptica pero a la vez constructiva, para continuar en la reflexión intelectual en estos tiempos que expresan en su vorágine profundos cambios. Expresión simplemente, diría Eduardo citando al polémico Chateaubriand, de *un petit coin du chaos arrangé, et toujours prêt à retomber dans le désordre*.